

¿REZARLE A MARÍA Y A LOS SANTOS ES ALGO BÍBLICO?

ENTRE MEDIADORES Y UN CAFÉ MACCHIATO

Basado en una historia real. Algunos de los nombres han sido cambiados.

Parecía que sería un glorioso día primaveral californiano. Pero a las 7.30 de la mañana, la belleza de la naturaleza casi pasa desapercibida para los universitarios típicos a punto de graduarse. A medida que ingresábamos a la cafetería Starbucks esa mañana de Pascua del 2007, Jennifer y yo no fuimos la excepción. Después de todo, sólo habíamos dormido tres horas la noche anterior.

Jennifer, cristiana protestante y buena amiga mía, había asistido conmigo a la Misa de la Vigilia Pascual; a cambio, yo estuve de acuerdo en acompañarla a un servicio comunitario que se celebraría en dos partes, en su iglesia a la mañana siguiente. Tres miembros de la iglesia de Jennifer, una mujer adulta llamada Joan y dos chicas adolescentes tuvieron la amabilidad de ofrecernos un aventón desde Stanford hasta el servicio al amanecer fuera de la ciudad. Después del servicio al aire libre —que estuvo bonito, aunque hacía frío— decidimos hacer una parada en Starbucks para tomar café caliente antes de asistir al servicio principal matutino en la iglesia. En el camino, me enteré que la mujer, Joan, estaba hospedando a las dos adolescentes que estaban de visita desde México, donde sus padres son misioneros.

El rico olor a café recién tostado nos invade al entrar en el restaurante. Una de las chicas se dirige al sanitario, mientras que nosotros ordenamos café latte o capuchino. Mientras Joan coge un periódico y Jennifer, exhausta, se cruza de brazos sobre la mesa, cierra sus ojos y recuesta su cabeza, yo aprovecho la oportunidad para hacerle a Kate, la otra adolescente, una pregunta que me moría de ganas de plantearle desde que íbamos en el coche camino a Starbucks.

“Ey Kate, me parece grandioso que tus padres sean misioneros cristianos. Aunque me llama la atención que hayan elegido México para ello—¿acaso México no es ya cristiano en su mayoría?”

Kate me conoce únicamente como ‘Charlie, el amigo cristiano de Jennifer’. Ella no sabe que soy católico.

“Es mayormente católico—no cristiano”, responde Kate secamente. “Existe una diferencia.”

“¿Qué?”, le pregunto fingiendo sorpresa. “¿Acaso el Catolicismo no es cristiano?”

“No”, responde Kate enfáticamente. “Los católicos hacen cosas como adorar a María y a los santos. La Iglesia Católica no es una iglesia cristiana”.

Yo la miro intrigado. Deseando ser veraz, pero sin revelar mi identidad católica, le digo: “Pues yo asistí a una preparatoria católica y los católicos definitivamente no adoran a María ni a los santos. Ellos simplemente a veces piden a María y a los santos que rueguen a Dios por ellos”.

Kate ya tenía la respuesta preparada. Evidentemente emocionada por poder aplicar lo que ha aprendido de sus padres, abre su Biblia en 1 Tim 2,5: “La Biblia nos dice aquí que ‘Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre él también.’”, lee ella. “Cuando los católicos le rezan a los santos, los ponen como mediadores además de Cristo. Por tanto, la práctica católica de rezarle a los santos no es bíblica”.

Yo no esperaba tener que comenzar a citar la Escritura. *¿En qué lío me he metido?, pensé. Bueno, ni modo de dar marcha atrás.*

Y le respondo a Kate: “He oído a católicos hablar ese versículo antes y no creo que lo vean así. Ellos estarían de acuerdo en que Cristo es el único Mediador entre Dios y el hombre, porque sólo Él puede llenar el vacío entre Dios y el hombre que el pecado original creó; pero por pura gracia e independientemente de cualquier mérito nuestro, Dios nos permite participar de la misión salvífica de Cristo en el mundo: la misión de llevar almas hacia Él. Los mismos católicos afirman que cuando oramos unos por otros –o cuando los santos oran por nosotros– estamos tomando parte en este mandato divino y servimos como mediadores *en* Cristo, no *adicionalmente* a Cristo.

Kate parece no seguir la línea de mi razonamiento, así que batallo para encontrar una analogía. “Velo de esta manera: Dios y la humanidad son semejantes a dos países separados por los rápidos de la corriente del pecado. Ninguno de nosotros puede cruzar el río por sí solo. Cristo, sin embargo, se convierte en un puente sobre el río que nos permite cruzarlo. Cuando damos testimonio unos a otros o rogamos unos por otros –y esto incluye a los santos que ruegan por nosotros– estamos tomando a otros de la mano y llevándolos a través del puente hacia Dios. Esta idea no viola el papel único de Cristo como Mediador, porque Él sigue siendo el único Camino a Dios a través del abismo del pecado.”

Kate frunce el ceño. Aunque no tiene una respuesta inmediata, sigue escéptica. “No sé, la verdad...”

Puedo ver que Joan nos observa por encima del periódico con curiosidad. Yo miro de lado a Jennifer antes de contestar. Su cabeza sigue reclinada en la mesa.

“Muy bien, volvamos a la Escritura”, le digo. “Mira algunos versículos adicionales al que citaste. San Pablo nos dice: ‘Ante todo, te recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los soberanos y por todas las autoridades, para que podamos disfrutar de paz y de tranquilidad, y llevar una vida piadosa y digna. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, porque él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad’ (1 Tim 2,1-4)”.

Me vuelvo a Kate: “¿Alguna vez has orado por alguien o le has pedido a algún amigo cristiano que ore por ti?”

“Claro”, responde ella.

“Bien—entonces entiendes lo que Pablo quiere decir en este pasaje. Él nos enseña que nuestras ‘peticiones y oraciones’ por otros es algo ‘bueno y agradable a Dios’. Entonces, con toda seguridad, estamos de acuerdo con los católicos en que no violamos la Escritura al interceder por nuestros amigos en la oración”.

“Por supuesto que no”, dice Kate, expresando su acuerdo.

“Pero si tu oración de intercesión por tu amigo no viola la afirmación de la Escritura, de que Cristo es el único Mediador entre Dios y el hombre, ¿por qué las oraciones de los santos por nosotros sí la violan?”

Hay un momento de silencio, mientras Kate temporalmente se queda sin palabras. Incluso Joan ha dejado de pretender que está leyendo el periódico. Jennifer, aparentemente, sigue dormida.

“¡Pero ellos están muertos!”, exclama Kate finalmente.

Yo sonrío mientras tomo la Biblia. “Es cierto. Pero la Escritura nos enseña en Romanos 8,38-39 que ‘ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor’. Es este amor lo que nos une en un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo –un cuerpo del que los cristianos que han fallecido no están separados. Pablo continúa diciendo en 1 Corintios 12,25 que los miembros del cuerpo deben “ser mutuamente solidarios”. Estamos todos en esto juntos y Jesús quiere que nos ayudemos unos a otros. Los católicos simplemente señalarían que esto aplica a cualquiera de la familia unido por el amor de Dios, ya sean vivos o difuntos.”

Para entonces, Laura, la hermana mayor de Kate, ha vuelto del sanitario y en su camino recogió en la barra

un *macchiato* de caramelo. Ella se apresura a intervenir en el tema que nos ocupa y da su aportación: “Orar a los santos es tener contacto con los muertos. Todo contacto con los muertos está prohibido en Deuteronomio”.

“También he escuchado a los católicos responder a esta objeción,” contesto yo. “Veamos el pasaje de Deuteronomio que habla sobre el contacto con los muertos”. Volviendo a Deuteronomio 18,10-11, leo: “Que no haya entre ustedes nadie que inmole en el fuego a su hijo o a su hija, ni practique la adivinación, la astrología, la magia o la hechicería. Tampoco habrá ningún encantador, ni consultor de espectros o de espíritus, ni evocador de muertos”.

Dios está condenando la nigromancia, la práctica de conjurar a los espíritus de los muertos, a través de medios demoníacos,” explico yo. “No estamos siendo justos con los católicos si no reconocemos que existe una enorme diferencia entre la nigromancia y pedir a nuestros hermanos y hermanas que han fallecido en Cristo, que rueguen por nosotros.”

“Pero aun así, el contacto con los muertos sigue estando prohibido”, insiste Laura.

“No—Dios condena la *nigromancia* y acabamos de estar de acuerdo en que no todo contacto con los muertos constituye nigromancia. ¿Dónde prohíbe Dios tácitamente *cualquier* y *todo* contacto con los muertos?”, pregunto yo. Laura guarda silencio. “No lo hace,” continuo yo. “De hecho, sabemos que no todo contacto entre los vivos y los muertos es malo porque Jesús conversa con Moisés y Elías durante Su Transfiguración, en Mateo 17,3”.

“¡Elías no estaba muerto!”, interrumpe Kate. “Él fue llevado al cielo en un carro de fuego. ¡Lo encuentras en el Segundo Libro de los Reyes, capítulo Dos!”

Aunque yo pensaba que el episodio del carro de fuego ocurrió al final del Primer Libro de los Reyes, rápidamente busco 2 Reyes 2 y confirmo lo que dijo Kate. “Tienes razón; estoy impresionado de cómo recuerdas la Escritura, ¡por capítulo y por libro!”, admito yo. “Pero sabemos con certeza que Moisés está muerto—Deuteronomio 34 relata su muerte”.

“De acuerdo”, dice Laura, “digamos que tienes razón y que el contacto con los muertos no es necesariamente malo. No importa—incluso si nos estuviera permitido rezar a los santos, ellos no podrían oírnos. ¿Realmente crees que María puede escuchar cada una de las miles de oraciones que se le ofrecen cada minuto?”

“Bueno, no veo por qué no”, respondo yo. “¿Qué bases tenemos nosotros para imponer limitaciones terrenales a cristianos glorificados en el cielo? San Pablo nos dice en Romanos 6,5: ‘Porque si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección’. Después de la Resurrección, el cuerpo de Cristo ya no estuvo sometido a las limitaciones del tiempo y el espacio que nosotros enfrentamos en nuestra vida diaria. De acuerdo con la Escritura, tenemos toda razón para anticipar una glorificación corporal semejante después de nuestra muerte; como dice Juan 3,2: ‘seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es’. Así que no veo porqué María tendría problemas para escuchar nuestras peticiones”.

“¿Pero acaso sus oraciones tendrían algún efecto en nosotros, incluso si pudieran oírnos?”, pregunta Laura.

“¡Seguro!”, contesto yo. “La Escritura nos enseña en Santiago 5,16: ‘Confiesen mutuamente sus pecados y oren los unos por los otros, para ser curados. La oración perseverante del justo es poderosa. Los cristianos en el cielo son *de facto* son perfectamente justos — Apocalipsis 21,27, que nos dice que nada impuro puede entrar en el cielo, confírmalo — y por tanto, sus oraciones tienen un poder tremendo.”

“Aun más, la Escritura relata una instancia donde las oraciones de los santos tienen un impacto sobre lo que ocurre en la tierra”. Busco el Libro del Apocalipsis. “Aquí, en Apocalipsis 6,9-10, leemos ‘Cuando el Cordero abrió el quinto sello, vi. debajo del altar las almas de los que habían sido inmolados a causa de la Palabra de

Dios y del testimonio que habían dado. Ellas clamaban a voz en cuello: «¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, tardarás en hacer justicia y en vengar nuestra sangre sobre los habitantes de la tierra?».' Después, en el versículo 11, se les dice, 'que esperaran todavía un poco, hasta que se completara el número de sus compañeros de servicio y de sus hermanos, que iban a sufrir la misma muerte'.

“Efectivamente, después de que los 144,000 fueron congregados, en el capítulo siete, las oraciones de estos Santos son respondidas”. Leo Apocalipsis 8,3-5: “Y vino otro Ángel que se ubicó junto al altar con un incensario de oro y recibió una gran cantidad de perfumes, para ofrecerlos junto con la oración de todos los santos, sobre el altar de oro que está delante del trono. Y el humo de los perfumes, junto con las oraciones de los Santos, subió desde la mano del Ángel hasta la presencia de Dios. Después el Ángel tomó el incensario, *lo llenó con el fuego del altar y lo arrojó sobre la tierra*. Y hubo truenos, gritos, relámpagos y un temblor de tierra’.

“Creo que de este pasaje resulta claro, que las oraciones de los santos pueden afectar los eventos en la tierra de una manera dramática”, concluyo con una sonrisa.

Las chicas guardan silencio. Kate mira a Laura como esperando de ella una nueva objeción, pero Laura está leyendo Apocalipsis 8 con el ceño fruncido.

En espera de poner fin a la discusión con un tono conciliador, alabo a Kate: “Sigo impresionado por la manera cómo recuerdas el relato que hace la Biblia, de cuando Elías es llevado al cielo en un carro de fuego — yo pensaba que estaba al final de 1 Reyes, pero tú tenías razón”.

Kate sonrío, “Bueno, mi hermana y yo leemos la Biblia diariamente una hora, así nos hemos familiarizado bastante con ella”.

“Eso es más de lo que yo puedo decir”, anuncio con toda verdad. Me vuelvo a Laura: “¿Cómo estuvo el ... de caramelo?, lo siento, no estoy seguro de cómo pronunciar la primera palabra...” (tampoco soy un fan de Starbucks).

Laura se ríe. “Macchiato de caramelo – ma-chIA-to. Estuvo bueno – ¡uno de mis favoritos! Deberías probarlo alguna vez”.

Joan mira su reloj. “Bueno, chicos, tenemos que irnos si queremos llegar a la iglesia a tiempo”.

Es entonces que Jennifer incorpora lentamente su cabeza y se talla los ojos.

“¡Buen día!”, le digo riendo.

Ella sonrío un poco atontada mientras estira sus brazos. “¿Acaso me perdí de algo?”

Me encojo de hombros. “No creo que te hayas perdido de mucho.” Después de todo, sospecho que ella estuvo despierta todo el tiempo.

Charlie Capps escribe desde la Universidad de Stanford, en Palo Alto, CA.

Tomado de la Revista ENVOY